

La revista sigue...

Dora Cardaci

Entré a Debate cuando acababa de salir el primer número de la revista (Madre mía... yo acababa de cumplir 40 años...). Fue en 1991, en el mismo año que terminó el trabajo del Equipo Internacionalista en Salud Mental Marie Langer. Allí conocí a Hortensia y empecé a relacionarme más con Marta. Nos caíamos bien. La mayoría de las veces coincidíamos en nuestros puntos de vista sobre lo que se discutía en el equipo y sobre otras cosas.

No recuerdo cómo me invitó Marta a participar en Debate. No sé si fue un lunes en que nos vimos en el equipo o si me habló por teléfono. Solamente me acuerdo que acepté sin dudarlo y que un día llegué demasiado temprano a su casa de Corregidora, situación que, como siempre, me hizo sentir un poco idiota. Como Marta es *puntualofílica*, mi llegada a deshora le pareció genial. Me puse a ayudarla a acomodar un montón de libros en inglés en una mesa. Después supe que su idea era que los revisáramos allí y que nos lleváramos los que más nos interesaban. En las siguientes reuniones le diríamos qué capítulos valía la pena traducir o qué libros reseñar.

Ese ritual con el que iniciaban las reuniones me fascinaba, me parecía increíble que alguien prestara sus libros tan generosamente sin registrar quién se había llevado qué. Creo que por mi rigidez mental o por mi timidez ancestral, yo solamente me atrevía a llevarme un libro y siempre lo devolvía después de revisarlo perfectamente y de haber cumplido con la tarea asignada. Algunas veces elaboraba una reseña del libro, previa autorización a tenerlo por más tiempo. Todo esto se decía personalmente o por teléfono porque todavía no nos comunicábamos por correo electrónico.

En esos primeros años nos reuníamos todos los meses. Cuando había que terminar algún número, nos veíamos con más frecuencia. Cuando armamos el número dos, el de las italianas, fui varias veces a la semana a Corregidora. Para hacer el *dossier* sobre el feminismo en Italia, revisamos entre todas una cantidad enorme de panfletos, recortes de periódicos, revistas y libros.

Los leímos varias veces, seleccionamos los que se quedaban, los pusimos en orden e hicimos (o mandamos a hacer) las traducciones. Después tratamos de buscar ejes para presentar los principales grupos y corrientes así como algunas de las polémicas que entablaban sus principales figuras. En la introducción escribimos: *Ojalá aprendiéramos a debatir así entre nosotras...*

El número dos se agotó hace muchos años. Sin embargo, las estudiantes siguen conmoviéndose con los textos de Rossana Rossanda, con el manifiesto del Sottosopra verde de 1983 y con el Para sí / para mí de Alessandra Bochetti. Y también, para leer el dossier completo, nos suplican que les prestemos nuestros ejemplares destartalados de tanto fotocopiarlos.

No podría decir con certeza si los cincuenta números de nuestra revista han servido para enriquecer el debate entre feministas. Pero puedo hablar de lo que ha pasado en la academia, que es lo que más conozco. En ese espacio, no pocos artículos y números de Debate Feminista han refrescado el ambiente, han desempolvado y movido los lugares comunes y los temas reiterados hasta el infinito y han nutrido y elevado el nivel de análisis y polémica sobre distintos asuntos. Y no solamente en los programas de estudios de la mujer sino también en las licenciaturas y los grupos de investigación.

Hace tres días le regalé a un neurobiólogo de Puerto Rico el último ejemplar de Debate. Me llamó la atención que cuatro personas de distintas instituciones sentadas cerca de nosotros, comenzaron a recomendarle alrededor de diez números de la revista que a ellos/as les habían impactado y servido para reflexionar y actualizarse (los de inter y transexualidad, el de procreación, los referidos al cuerpo y las maternidades y otros).

Camino a casa, me acordé de la reunión en la que decidimos el futuro de Debate. Y pensé: *Qué bueno que la revista se va a seguir publicando...* ●